
Dossiê: Fascismo, 100 anos depois

<https://dx.doi.org/10.34019/2594-8296.2022.v28.37944>

Sensibilidades estéticas, regeneración nacional y virilidad: sobre la mirada falangista de posguerra al fin de siglo

Sensibilidades estéticas, regeneração nacional e virilidade: sobre a visão falangista do pós-guerra no final do século

Aesthetic sensibilities, National Regeneration and virility: on the postwar falangist look to the Fin-de-Siècle

Zira Box*

<https://orcid.org/0000-0002-9140-1015>

RESUMEN: El presente artículo parte de la dimensión regeneracionista que, en tanto fascismo, tuvo el discurso falangista de la inmediata posguerra española para asumir que, tal y como ocurrió en otros contextos nacionales y otros discursos emergidos entre el último tercio del siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo XX, este tuvo una dimensión de género: si bien la decadencia se pensó a partir de procesos de afeminamiento, la regeneración lo hizo articulándose con la noción de virilidad. Para el caso específico español, este texto asume que los fascistas de los años 40 se presentaron como continuadores, aunque en una versión totalitaria y antiliberal, de las corrientes regeneracionistas previas. A partir de la idea anterior, se propone la hipótesis de que la inspiración que los falangistas encontraron en quienes les habían precedido tuvo que ver con la posibilidad de interpretar en clave de regeneradora virilidad algunos de los elementos presentes en los discursos finiseculares. Simultáneamente, se sugiere la idea de que dicha mirada al fin del siglo no se basó solo en la posibilidad de elaborar una retórica nacional, sino que también se acompañó de una sensibilidad estética en la que se buscó que el contenido (la España viril) encajase con la forma (la expresión estética de la nación viril).

Palabras clave: Regeneracionismo. Fin de Siglo. Falange. Virilidad. Afeminamiento.

* Doctora por la Universidad Complutense de Madrid y profesora en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universitat de València. Entre sus últimas publicaciones destacan la coedición (junto a Ismael Saz, Toni Morant y Julián Sanz) de *Reactionary Nationalists, fascists and dictatorships. Against Democracy* (Palgrave Macmillan, 2019) y junto a César Rina *El franquismo en caleidoscopio. Perspectivas y estudios transdisciplinares en el estudio de la dictadura* (Comares, 2020). La autora participa en el proyecto «Derechas y nación en época contemporánea. Una perspectiva transnacional» (PGC2018-099956-B-I0). E-mail: zira.box@uv.es

RESUMO: Este artigo toma como ponto de partida a dimensão regeneracionista que o discurso falangista possuía. Similar a outros contextos nacionais ao longo do último terço do século XIX e das duas primeiras décadas do século XX, o discurso acima mencionado tinha um caráter de gênero: a efemeridade servia para pensar a decadência e a virilidade era usada para articular a ideia de regeneração. Para o caso específico da Espanha, este artigo assume que os fascistas se apresentaram como os seguidores das tendências regeneracionistas anteriores, embora supusessem uma versão totalitária e antiliberal. A hipótese proposta é que a inspiração que o falangista encontrou em seus precursores teve a ver com a possibilidade de interpretar alguns dos elementos que os discursos Fin-de-Siècle tinham em termos de virilidade. Simultaneamente, é sugerida uma segunda hipótese: que o olhar até o final do século se baseasse também numa sensibilidade estética na qual o conteúdo (a Espanha viril) tinha que se encaixar na forma (a expressão estética sobre a nação viril).

Palavras-chave: Regeneração. Fim do século. Falange. Virilidade. Efeminação.

ABSTRACT: This article takes as a starting point the regenerationist dimension that the falangist discourse had. Similar to other national contexts throughout the last third of the 19th Century and the two first decades of 20th Century, the aforementioned discourse had a gendered character: effeminacy served to think of decadence and virility was used to articulate the idea of regeneration. For the specific case of Spain, this article assumes that the fascists presented themselves as the followers of the previous regenerationist tendencies, although they supposed a totalitarian and antiliberal version. The hypothesis proposed is that the inspiration that the falangist found in their precursors had to do with the possibility of interpreting some of the elements that the Fin-de-Siècle discourses had in terms of virility. Simultaneously, it is suggested a second hypothesis: that the look to the end of the century was also based on an aesthetic sensibility in which the content (the virile Spain) had to fit in the form (the aesthetic expression on the virile nation).

Keywords: Regenerationism. Fin-de-Siècle. Falange. Virility. Effeminacy.

Cómo citar este artículo:

Box, Zira. “Sensibilidades estéticas, regeneración nacional y virilidad: sobre la mirada falangista de posguerra al fin de siglo”. *Locus: Revista de História*, 28, n. 2 (2022): 238-257.

Hace más de tres décadas de la publicación de *The Nature of Fascism*, el libro en el que Roger Griffin proponía una definición básica de fascismo destinada a poder catalogar como movimientos y regímenes fascistas a experiencias históricas concretas más allá del caso original italiano y del ejemplo paradigmático del nazismo alemán. Como es conocido, lo que el historiador y politólogo

británico postulaba era la consideración del mito palingenésico de la muerte y la resurrección de la nación como el núcleo del ultranacionalismo fascista, insistiendo en la dimensión cultural e ideológica de su propuesta interpretativa. Desde entonces, el propio Griffin no ha dejado de subrayar la centralidad de la palingénesis, remarcando que uno de los éxitos más notables de su argumento ha sido su aplicación a un catálogo cada vez más amplio de casos históricos -tanto dentro de Europa como fuera de ella- en los que se ha podido comprobar la importancia que la ideología fascista concedió a la creencia en la caída como necesaria antesala de la transformación nacional (Griffin 1991, 2012, 2018; Roberts 2020).

Partiendo de la definición de Griffin, es posible considerar al fascismo, en consecuencia, como un epígono del regeneracionismo que recorrió el contexto europeo entre el último tercio del siglo XIX y el primero del siglo XX, un periodo en el que la generalizada convicción de que las naciones protagonizaban procesos de decadencia y degeneración impulsó un variado catálogo de proyectos de regeneración nacional (Pick 1996). En este sentido, el fascismo puede comprenderse como una respuesta tardía, antiliberal y antidemocrática a problemas comunes que, también a través de diferentes culturas políticas liberales, llevaban tiempo ocupando un lugar central en las disquisiciones políticas e intelectuales del periodo finisecular.

Si bien el caso del fascismo de Falange Española responde a esta misma dinámica continental, el término *regeneracionismo* cuenta con un significado concreto para el caso español: se refiere al conjunto de nombres, planteamientos, actitudes e ideas diferentes que, a lo largo del periodo iniciado en la década de 1870, agudizado y extremado con el desastre del 98 y la pérdida de las últimas colonias, y prolongado hasta las dos primeras del siglo, se centraron en el intento de encontrar el modo de reanimar el colapso que atravesaba la patria (Navarra Ordoño 2015: cap. 1; Ribas 2007: 47-58). Teniendo en cuenta que el fascismo español también se centró en el anhelo de la resurrección nacional, puede enmarcarse, por tanto, dentro de una línea de continuidad con las corrientes de pensamiento crítico previas, muchas de ellas liberales, si bien ha de entenderse, según se ha señalado, como una versión totalitaria y militarizada de ultranacionalismo.

Insertar la dimensión de género en la retórica de la decadencia y la regeneración nacional del periodo apuntado no es ninguna novedad. Tanto para el caso del contexto europeo como para el ejemplo español, diferentes trabajos han postulado que la decadencia fue interpretada en clave de afeminamiento y de debilidad -las de unas naciones que caían por falta de vigor y pulso histórico- al tiempo que los proyectos de regeneración se pensaban a partir de la recuperación de la virilidad y de los valores masculinos perdidos (Tosh 2004; Aresti 2014; Martykánová 2017). De nuevo, el

caso falangista puede comprenderse siguiendo esta retórica generizada, dado que la apelación a lo viril fue central en su ideología y que, en tanto fascismo, constituyó una de sus piezas nucleares.

Partiendo de lo anterior, en este texto retomo trabajos previos para asumir una definición de virilidad que la comprende como una aspiración normativa conformada como un equilibrio entre dos clases de atributos diferentes y complementarios entre sí: por un lado, valores y propiedades relativos a la fuerza, la valentía, el arrojo, el ímpetu o el movimiento propios de una ideología totalitaria y militarizada; por otro, aquellos referidos a la mesura, la contención, la compostura, el autocontrol y la austeridad de un partido encuadrado y jerárquico (Box 2019). Se trató, como se ve, de una virilidad compuesta por la potencia necesaria para unos tiempos de guerra y posguerra junto al dominio y la sobriedad propias de una organización que se consideraba representante del orden y de la civilización (Aresti 2017). En tanto modelo de normatividad, la virilidad sirvió para modelar la imagen de los sujetos, los propios falangistas, pero también para imaginar cómo entender y narrar a la nueva España fascista surgida de la guerra.¹ Como contramodelo frente al que configurarse, el afeminamiento se utilizó como el conjunto de valores opuestos a los atributos viriles: los de una nación que, frente a la fuerza y el movimiento, se presentaba débil, abúlica, pasiva y chata, a la par que histriónica, excesiva, superficial y frívola, alejándose de la mesura de la nación bien enmarcada. Si esta última visión ejemplificaba la decadencia que había definido a la España liberal, la virilidad era el camino de la regeneración que representaba la España fascista de posguerra.

Dado que este texto sostiene que el discurso falangista radical puede entenderse como heredero de los discursos sobre la regeneración nacional previos, siendo los propios fascistas españoles de los años 40 quienes se consideraron sus deudores y continuadores, el objetivo de este artículo es explorar de qué modo se situó la Falange ante este legado de pensamiento crítico que la había precedido y qué corrientes eligió a la hora de trazar sus filiaciones. La hipótesis que guía las próximas páginas es que esta relectura del periodo regeneracionista y, especialmente, del contexto finisecular estuvo guiada por la dimensión de género que atravesaba su proyecto de transformación nacional, eligiendo las corrientes, los autores o las sensibilidades estéticas que pudieran encajar con la idea de virilidad que articulaba su discurso nacional y desechando aquellas que pudieran ser susceptibles de expresar una imagen de la nación potencialmente afeminada. Para ello, como se verá a continuación, se llevarían a cabo resignificaciones e interpretaciones destinadas a afianzar el discurso de la regeneradora virilidad de España.

¹ La relación entre el género y la nación, incluyendo no solo a los sujetos nacionales sino a las propias ideas de nación se puede ver en Andreu 2017.

Filiaciones falangistas y el contexto finisecular

En 1925, la editorial valenciana Sempere publicaba el libro de Melchor Fernández Almagro *Vida y obra de Ángel Ganivet*. En él, el escritor explicaba el error que suponía incluir a la denominada generación del 98 dentro de la corriente regeneracionista. Estos últimos -Joaquín Costa, Macías Picavea, Damián Isern, Luis Morote o Enrique Madrazo-, proseguía Almagro, eran arbitristas y sociólogos del desastre, mientras que los escritores Ganivet, Unamuno, Azorín o Baroja habían sido intelectuales. “La reacción contra la España imperante a la hora decisiva del desastre no es suficiente para dar unidad a los dos bandos a que aludo”, explicaba Fernández Almagro, porque a unos y otros les separaban intenciones, métodos, gustos literarios e incluso formas de carácter: los primeros, los regeneracionistas, citaban leyes y aducían números, recurrían a la ciencia racional y buscaban hechos al rastrear la Historia; los segundos, los noventayochistas, tenían la intuición como instrumento y la crítica como propósito, pretendían encender ideales y se servían del pasado para buscar en él el alma de la patria (Fernández Almagro 1952: 193).

Las consideraciones de Fernández Almagro no cayeron en saco roto; casi dos décadas después, servían de inspiración a Pedro Laín Entralgo, médico, notable intelectual falangista y estrechamente relacionado con la Sección de Prensa y Propaganda de Falange durante la guerra civil, para sus prolongados estudios sobre la generación del 98 y la España finisecular. A ellas, el destacado falangista sumaba un apunte de su ilustre colega de formación, Santiago Ramón y Cajal, extraído del texto autobiográfico que el eminente doctor había publicado en 1923 y en el que, rememorando los años del Desastre, había diferenciado a los distintos grupos que se habían dado cita en el común impacto causado por la pérdida de las últimas colonias. Coincidiendo con lo que, dos años después, señalaría Fernández Almagro, el premio nobel aludía, por un lado, a los “apóstoles” de la regeneración, esos hombres que como Costa o Macías Picavea se habían quedado con la etiqueta de regeneracionistas; por otro, se refería a la pléyade de literatos brillantes que, como Maeztu, Baroja o Azorín, conformaban la denominada Generación del 98. A ellos añadía un tercer grupo: el conjunto de jóvenes profesionales que, como él mismo, se habían visto consternados por los acontecimientos y habían notado desfallecer su voluntad, abandonando sus puestos de trabajo habituales -el laboratorio, en su caso- para saltar a la palestra política (Ramón y Cajal 2017 vol. 2: 294).

Las mencionadas observaciones, ya se ha dicho, sirvieron a Laín para establecer la distinción entre las que consideraba las tres reacciones españolas ante la ‘catástrofe’ del 98. Lo hacía tomando de Cajal, justamente, la triple distinción: por un lado, los inventores y ya denominados como “apóstoles” regeneracionistas, una generación de hombres que habían llegado a la madurez con *La*

Gloriosa (la revolución de 1868) y que, en 1898, sobrepasaban la cincuentena; por otro, los sabios y profesores, aquellos que, como el propio Cajal, Menéndez Pelayo o el arabista Julián Ribera, habían dejado sus dedicaciones científicas para terciar en el debate político; y, finalmente, los escritores del 98, los más jóvenes de todos, los que habían vivido los efectos del *Desastre* (la pérdida de las últimas colonias de España) en la briosa edad comprendida entre sus veinte y cinco y treinta y cinco años. Todos ellos, explicaba Laín, habían querido, más o menos deliberadamente, salir por fin de la polémica estéril y sangrienta que había supuesto el siglo XIX. Pero no todos -puntualizaba siguiendo, en este caso, a Fernández Almagro- lo habían hecho de la misma manera (Laín Entralgo 1944: 104-106, 112).

Precisamente a especificar las diferencias entre estas tres posturas marcadas por el descontento ante la patria y la búsqueda de solución dedicaría Laín no pocas páginas de sus reflexiones posteriores. Lo haría dejando traslucir sus preferencias, porque si los regeneracionistas puros resultaban al falangista demasiado prácticos, iba a ser en los noventayochistas donde encontraría la fuente de inspiración para postular su reconocida filiación. No negaba el falangista con respecto a Joaquín Costa y sus contemporáneos la “torca y ardorosa honradez de su corazón ni la justicia urgente de casi todos sus postulados económicos y sociales”. Pero el problema había residido en que, centrados exclusivamente en los problemas de la España real -instrucción pública, problemas sociales, producción agrícola...-, habían adolecido de un “hastío de Historia”. De hecho, proseguiría Laín escribiendo en un momento tardío de indudable triunfo tecnocrático y consiguiente declive falangista dentro de la dictadura, la frase “menos política y más administración” poseía ocultas raíces en la actitud inaugurada por el arbitrista regeneracionista (Laín Entralgo 1961: 175).

Diferente era, ya se ha dicho, el caso de la generación del 98 y su amor por una España distinta de la que contemplaban. Así, habían sido ellos, los finiseculares, quienes, en opinión de Laín, habían inventado el mito de la España esencializada, concibiendo a la nación como una imbricación entre paisaje y paisanaje y reivindicando -eso les diferenciaba de los apóstoles de la regeneración- el pasado nacional para poder soñar el futuro (Laín Entralgo 1948). Esta importancia histórica que concedían los noventayochistas encajaba con ese “dolor de Historia” que sentían los falangistas y desde el que se impulsaba su ímpetu de regeneración (Laín Entralgo 1943: 9). En consecuencia, si bien había toda una serie de coincidencias que vinculaban a una y otra generación -el ensalzamiento del Siglo de Oro o la idealización de Castilla, por ejemplo-, la inspiración que los falangistas radicales de posguerra encontraban en la específica postura que la generación del fin de

siglo había mantenido ante el problema de España tenía que ver -siguiendo la hipótesis aquí planteada- con la posibilidad de reformularla como argumento regenerador en clave de virilidad.

Había, a este respecto, un primer elemento aprovechable derivado de la insatisfacción que había acompañado a los finiseculares. En la introducción que Laín escribía para su libro *Sobre la cultura española. Confesiones de este tiempo*, señalaba que solo este sentimiento de descontento impulsaba a salir de uno mismo para poner “el ojo atónito sobre la realidad que le circunda”, empujando, consecuentemente, a la necesidad de mejorar. El específico dolor por España desde esta mirada insatisfecha tenía, en la interpretación que hacía el falangista, su propia genealogía y, no por casualidad, la comenzaba con los noventayochistas: obras como el *Idearium español*, de Ángel Ganivet, o *En torno al casticismo*, de Miguel de Unamuno, inauguraban el listado de referencias que proseguía con la *España invertebrada*, de José Ortega y Gasset, la *Defensa de la Hispanidad*, de Ramiro de Maeztu, o, ya llegando a los primeros fascistas españoles, con el *Genio de España*, de Ernesto Giménez Caballero, y el *Discurso a las juventudes de España*, de Ramiro Ledesma Ramos, referencias que trazaban la línea que conectaba a los falangistas de posguerra con aquellos que, desde la mirada crítica cargada de ansias de renovación, les habían precedido. Se trataba de una línea de filiación directa, porque si había sido Giménez Caballero quien, en su *Genio de España*, había establecido un explícito parentesco -el de considerarse, en cuanto que primeros fascistas en España, hijos de los del 14 y nietos de los del 98-, Laín lo retomaba afirmando la justificación que había llevado a *Gecé* (así firmaba Giménez Caballero) a establecer el mencionado vínculo: la herencia espiritual tenía que ver con el común grito que había aullado el alma nacional de todos ellos “al sentir entrar en agonía su cuerpo histórico” (Laín Entralgo 1943).

De esta profunda insatisfacción que Primo de Rivera había codificado en su conocido aserto de ‘amar a España porque no nos gusta’, el falangismo de posguerra extraía valores susceptibles de ser convertidos en virilidad regeneradora. En primer lugar, estaba la *bondura* implícita en la mirada inclemente sobre el país, porque una mirada que era intrínsecamente crítica e insatisfecha suponía *gravedad* y *profundidad*, disposiciones plenamente alejadas de una de las causas de la degeneración que había sufrido la nación con el liberalismo: la frivolidad, un valor afeminado que -así lo había señalado el mismo Franco ante quinientos jefes y oficiales del ejército reunidos tras el Desfile de la Victoria de Madrid, en mayo de 1939-, había que “derrumbar y destruir”: “hay que desterrar hasta los últimos vestigios de la frivolidad”, había dicho el *Candillo* (De la Torre 1939). Para el falangismo, había que restablecer un hondo españolismo como el que habían tenido sus predecesores, distante de cualquier forma de superficialidad propia de la España liberal y burguesa, imprudentemente optimista y confiada en lo que conformaba un *modo de ser* liberal-burgués, tal y

como explicaba José María de Areilza en el primer verano de posguerra, radicalmente contrario a Falange (De Areilza 1939).² Porque, si el partido también constituía una *manera de ser*, esta era representativa de la conciencia regeneradora de Falange: la de hacer frente a “la tarea, la labor seria, continua, fecunda y grave” destinada a superar, como se postulaba desde el diario falangista *Arriba*, al viejo “país en perpetuas vacaciones” que había sido España durante las décadas previas.³ A cambio, en el horizonte falangista de lo que debía ser la nueva España, aparecía una nación cruda, acerba y grave.

La frivolidad implicaba, a su vez, no tener contención ni compostura, cayendo en la jactancia y la vanagloria en las que constituían posturas igualmente decadentes y afeminadas, alejadas del hondo españolismo regenerador que, a la sazón y de acuerdo con su gravedad, era austero y sobrio. Y es que, cuando el país había caído en vanagloria, lo había hecho en decadencia, porque la autocomplacencia se oponía a lo que se necesitaba: “silencio trabajo, obediencia, disciplina, austeridad, seriedad”,⁴ atributos que encajaban bien con una mirada crítica desde la que se proyectaba una España transformada en su virilidad. Como simplificaba el diario de la ciudad de Guadalajara *Nueva España* coincidiendo con lo expresado desde *Arriba*, el trabajo y el silencio, piezas centrales del viril regeneracionismo falangista, contrastaban con el espíritu frívolo y banal de anteguerra (Sanz Hernández 1939).

Con todo, la gravedad y hondura, así como la austeridad y sobriedad, daban la mano a un tercer elemento susceptible de ser desarrollado en clave de regeneradora virilidad a partir de la filiación que, con los escritores e intelectuales previos, se trazaba desde la inmediatez de la posguerra: la *dificultad*, emparentada con el trabajo y defendida por un partido consciente de la hora decisiva que protagonizaba, convirtiéndose en un atributo de virilidad por oposición a la afeminada *facilidad* de las décadas previas. Que “nadie piense que ya llegó el descanso”, escribía el canario *La Falange* en su editorial escrito tras el Desfile de la Victoria de mayo en Madrid. “Queremos una España erecta y en tensión. Queremos que nuestra vida de españoles nos sea dura y difícil, porque tenemos la convicción de que la dificultad y la incomodidad es lo único fecundo”.⁵

Lo había sentenciado Laín en el texto antes aludido: el satisfecho no salía de sí, y solo desde la incomodidad y conciencia crítica se podía querer el cambio. Así, si de ejemplo y estímulo Falange contaba con sus predecesores, de contramodelo aparecía, de nuevo, el liberal burgués, esos

² El optimismo y la confianza como emociones burguesas opuestas al fascismo, en Ben-Ghiat 2001: p. 185.

³ “Lecciones de sobriedad”, *Arriba*, 8 de agosto de 1939.

⁴ “Invitación a la sobriedad en la vida pública”, *Arriba*, 4 de julio de 1939.

⁵ “El día de la Victoria, día inicial”, *La Falange*, 22 de mayo de 1939.

“señores orondos y bien pensantes de los casinos”-,⁶ que representaban lo acomodaticio de la buena mesa y, en lo moral, la borrachera de egoísmo e indiferencia, como se podía leer en el menorquín *Arriba España*. “La burguesía es la decadencia de la virilidad de las razas, es la negación del movimiento y de la vida, es el canto a la pereza, al enchufismo, al egoísmo comodón de la muerte lenta” (Hercilla 1939).

“Huid de lo fácil”, exhortaba Rafael Sánchez Mazas, delegado de la Falange Exterior, en su mensaje pronunciado al cumplirse el primer aniversario del golpe de estado. “El Movimiento es la antítesis del descanso”, se escribía en el diario valenciano *Levante*, y la vida de Falange, se proseguía, “no es la holgada vida entre nosotros. La nuestra es incómoda y dura, sin sosiego, eternamente inquieta”.⁷ Una vida de milicia que convertía el regenerador descontento en clave fascista y antiliberal en impulso de transformación.

Había, por tanto, y como se ve, un ímpetu y una acción, valores viriles según se apuntó al inicio de este texto. Iba a ser precisamente a partir de esta valoración del vigor y el movimiento, fundamentales para un partido fascista como Falange, por donde el discurso radical de posguerra iba a superar a sus abuelos noventayochistas para inspirarse en la paternidad de quienes, con Ortega al frente, ansiaban regenerar al país en los albores de la Gran Guerra. Ese había sido, justamente, el límite que Laín había encontrado en los del 98, el que se hubieran quedado en una “resignación inteligente” que había desembocado en una crítica doliente, pero inmovilista, por considerar que España era incapaz de protagonizar ciertas transformaciones. A cambio, la generación de fascistas de posguerra tenía una actitud que el propio Laín definía como *total*, debiendo ser “actores apasionados” en lo que a los problemas patrios respectaba. En consecuencia, se debía huir tanto del “optimismo infinitista”, susceptible de caer en la afeminada frivolidad, como del “pesimismo predeterminista y resignado”, igualmente peligroso por desembocar en la inacción (Laín Entralgo 1941).

Era este ímpetu y acicate para la regeneración lo que los falangistas encontraban en Ortega -la historia concibiéndose como imperativo y no como contemplación, tal y como aseguraba el destacado político y escritor falangista Antonio Tovar (1941: 175)-, ese impulso que el filósofo había expuesto en su conocida conferencia sobre las dos Españas, la vieja y la nueva, pronunciada en marzo de 1914, y en la que había planteado que, frente a la España oficial de la Restauración, obstinada en prolongar los gestos de una edad fenecida, existía una España vital, capaz de inundar al país con su vigorosidad política, su curiosidad y su entusiasmo (Ortega y Gasset 2004 [1914]).

⁶ “El Movimiento y el Estado”, *Arriba*, 6 de agosto de 1939.

⁷ “Vida difícil de la Falange”, *Levante*, 30 de abril de 1939.

Había, pues, esperanza porque la nación no era una coexistencia inerte, sino un sistema dinámico que respondía al carácter imperativo, formado por una comunidad de propósitos mirando al futuro (Ortega y Gasset 2005 [1922]).

Proyecto sustantivo de vida en común, potencia capaz de nutrir e impulsar, comunidad de anhelos no para convivir juntos, sino para hacer algo en común, idea de grandes cosas para hacer... Tales eran las fórmulas que atravesaban el libro que había seducido a Giménez Caballero, la *España invertebrada*, por el que el incipiente falangismo se había declarado *hijo* del filósofo madrileño y que definían lo que para este segundo Ortega, escribiendo ya a partir de la década de los 20 y con un cariz más conservador que una década antes, eran las naciones (Zamora Bonilla 2016).

Como señaló Ismael Saz, probablemente el renombrado profesor de Filosofía fue un liberal en sentido amplio toda su vida. Pero con él culminaba uno de los posibles desarrollos del nacionalismo español, un nacionalismo no conformista que sería reinterpretado por el fascismo para radicalizar, en clave palingenésica de muerte y resurrección, el discurso de la decadencia y la regeneración patrias (Saz 2015 y 2003: 98-99; Priorelli 2020). Un nacionalismo profundo, serio, viril y combativo, formado a base de aspereza y pesar, pero también de acción, voluntad y movimiento, a los que las plumas y proclamas de los falangistas de los años 40 apelaban con fruición.

Que el Movimiento -calificado así no por casualidad⁸ y el proyecto falangista de regeneración nacional fueran activos implicaba que podían ensamblarse con otros atributos viriles como la decisión, la fuerza o la valentía al tiempo que, simultáneamente, se superaban atributos contrarios, afeminados y decadentes como la pasividad, la tibieza o la pusilanimidad. Así se interpretaba el ímpetu revolucionario falangista, pieza central de su proyecto palingenésico, cuando se señalaba que la revolución no era apta para timoratos, pobres de espíritu ni para aquellos que no se metían nunca en nada, como explicaba el valenciano *Levante* al insistir en que la revolución necesitaba espíritus fuertes, decididos y combativos (Conde de Rivera 1939: 7). Una revolución de la que saldría una España que daría al traste con aquella aletargada, caduca y feble: la España liberal afeminada y abúlica resumida en los tibios cafés de viejos sillones de raído terciopelo en los que se hacía política de manoseados latiguillos y efectos rápidos (Esculapio 1939); una España, como explicaba Rafael Sánchez Mazas en el discurso pronunciado en Zaragoza a una semana escasa del final de la guerra, de “almas inermes y pusilánimes” (Sánchez Mazas 1939).

“La vida está en movimiento (...). Los pueblos que se mueven, que llevan en la sangre un sentido motriz y expansivo de lo histórico son los pueblos triunfantes”, escribía el radical escritor

⁸ “En Movimiento”, *Arriba*, 20 de junio de 1939.

gallego Luis Moure-Mariño en *Arriba* (Moure-Mariño 1939). A cambio, los pusilánimes y la pusilanidad -otra vez se aludía a ello para concluir desde *Arriba* que lo que esto les provocaba era asco- no tendrían cabida en la nueva y viril España.⁹ Como resumía el catalán *Solidaridad Nacional*, la vida de “masedumbre” propia del liberalismo romántico, fenecía ante “la voz potente, enérgica y viril” de la nueva España (Rodríguez García 1939).

La radical Falange de la victoria representaba, ya se ha dicho, un nacionalismo generizado, extremo y antiliberal que hundía sus raíces en las décadas previas. Con todo, los referentes que tomaban los fascistas españoles para su regeneracionismo en clave de virilidad no solo iban a servir para establecer los atributos con los que definir a la nueva España y el sentimiento crítico regenerador desde el que mirarla, sino que también lo iba a hacer para establecer una sensibilidad estética que permitiese garantizar que un contenido como el expuesto encajase con la forma y la expresión de la nación. Tal y como apuntó Ricardo Martín de la Guardia, para un partido que se reivindicaba como un modo de ser y como un movimiento concebido como poesía, forma, entraña y sentimiento, *forma* y *contenido* no se pensaban diferenciadas, sino imbricadas la una con la otra (Martín de la Guardia 2005: 170-171). De nuevo, los valores de esta virilidad asumida propia de posguerra iban a impregnar la mirada con la que los falangistas se iban a volver hacia el fin de siglo buscando una expresión nacional acorde con los atributos que caracterizaban a la patria.

La sensibilidad estética de la virilidad y la mirada al fin de siglo

A finales de 1945, coincidiendo con el eclipse de la radicalidad falangista de posguerra, el prolífico Melchor Fernández Almagro publicaba en el diario falangista *Arriba* su artículo “En el fin de siglo”. El momento artístico finisecular, escribía, había sido el de una estrecha relación entre literatura y pintura, de modo que, si el 98 había producido notables escritores, también había impulsado a pintores, como al reconocido Ignacio Zuloaga o a José Gutiérrez Solana, a plasmar en lienzos su sensibilidad nacional. No habían sido los únicos, pues el tránsito del siglo XIX al XX había sido un momento en el que también habían eclosionado otras corrientes que, como la modernista, “no cabe confundirla con la del 98: contiguas pero independientes”, habida cuenta de sus claras diferencias. En el modernismo debía situarse al pintor catalán Santiago Rusiñol, amigo personal de Zuloaga, pero de diferenciado talante estético, porque si unos caminos -los del 98- iban a parar a Castilla, los otros, los modernistas, tendentes a discurrir hacia Levante y Andalucía, lo

⁹ “Prudencia y pusilanidad”, *Arriba*, 12 de abril de 1940.

tocaban, no por casualidad, solo en un punto: en Aranjuez por sus jardines (Fernández Almagro 1945).¹⁰

Efectivamente, frente a los páramos ocres de Zuloaga o la negrura de la España pintada por Solana, el modernista Rusiñol había plasmado flores, fuentes y jardines. En sus lienzos se habían reflejado desde los valencianos jardines de Monforte o los granadinos jardines del Generalife y la Alhambra, pasando por fuentes y patios mallorquines, hasta llegar al Real Sitio de Aranjuez, ese punto castellano de las inmediaciones de Madrid a orillas del río Tajo que, constituyendo una excepción en las localizaciones habituales del pintor, no podía extrañar que, por su frondosidad y colorido, le hubiese seducido. Aranjuez, por tanto, era Castilla, pero una Castilla bien distinta de la dura, marrón e inclemente de sus coetáneos vinculados con el 98, porque si bien la España viril de los falangistas de posguerra podía reflejarse en la adustez, dureza, austeridad y aspereza que se desprendía de los trazos de Zuloaga o de Solana, el colorido y la exuberancia del catalán resultaban, tal y como escribía el crítico e historiador del arte Enrique Lafuente Ferrari, un intento de evasión por la estética que terminaba derivando “hacia lo meramente decorativo”; un tipo de arte que, a diferencia de aquel del 98, representante de un nacionalismo doliente y crítico, resultaba relativamente superficial y un poco “espuma de champagne” (Lafuente Ferrari 1948: 455).¹¹

Lo apuntaba el jefe de propaganda de la Falange balear, Miguel Villalonga, a propósito de los almendros en flor que Rusiñol había plasmado en sus cuadros sobre Mallorca. Recurriendo a un adjetivo y un verbo plenamente alejados de los aires viriles de la victoria, para el falangista, los almendrales del catalán eran *azucarados*, produciendo en su autor *empalago*. Así, frente a los excesos y las “orgías de color” del artista, Villalonga explicaba que en Mallorca los árboles, igual que todas las cosas, eran lo que eran: “las piedras son piedras y su verticalidad expedita se lanza hacia arriba con misticismo de axioma: el camino más corto entre dos puntos es la línea recta”. Nadie entraba en Mallorca sin saber geometría, proseguía, porque, ¿acaso no se veían en ella “armados de flamígeras espadas, a los Ángeles que José Antonio viera custodiando la entrada del Paraíso?” (Villalonga 1943).

¹⁰ Como se puede comprobar, Falange asumía una clara distinción entre Modernismo y Generación del 98 trazada, en buena medida, por noventayochistas como el propio Azorín. Si bien falangistas como Pedro Laín Entralgo iban a dedicar sesudas reflexiones a identificar el carácter de generación que tenían los del 98, la historiografía literaria ha matizado esta distinción desde finales de los años 60, apuntando la artificialidad de la diferenciación y reivindicando que el Modernismo fue una época, y no un movimiento, dentro del cual debe insertarse a los escritores del 98. Véase para esta problematización Gullón, 1969, 1980 y 1990; también, Mainer 1989.

¹¹ No obstante, las resignificaciones realizadas durante el franquismo para garantizar el encaje de forma y contenido también implicaron a las figuras de Zuloaga y Solana. Para Zuloaga, véase Vega 2018; para Solana, Box 2020.

La apelación a la rectitud y la geometría como representantes de la España viril -una rectitud que se reflejaba (de nuevo se volvía hacia allí la vista) precisamente en Castilla- había sido explicitada en la misma revista meses antes, en esta ocasión, por el abogado burgalés especializado en Derecho penal Antonio Quintano Ripollés. Recuperaba para ello a Aranjuez como ejemplo de una estética excesiva y, por tanto, contraria a la forma en la que podía encajar la nación viril, para contraponerlo al vecino El Escorial, ejemplo máximo del “linealismo”, propio de los regímenes imperiales que establecían una correspondencia estética con la “geometría angular”. Así, frente a la “valoración estética” de lo lineal, el jurista oponía “los valores decrepitos y femeniles de la curva y la voluta, de lo retorcido y de lo sinuoso” que habían triunfado en los siglos XVIII y XIX. Este había sido el contexto de la máxima decadencia occidental en los que, no por casualidad, Europa había caído en el “caos de artificiosidad exuberante”, tal y como ejemplificaban la obra cumbre del denominado II Imperio, la parisina Opera Garnier, o jardines como los de Versalles y el ya mencionado Aranjuez (Quintano Ripollés 1941). Frente a este último, El Escorial se presentaba en el discurso falangista como la prueba más clara de la “ejemplaridad española”, insobornable a lo rancio, inaccesible a la palabrería e “impenetrable a lo que no sea universalidad rectora y luminosa de España; insensible a cuanto no es total, viril y crudo” (Sánchez Mazas 1939).

Si bien la contraposición Aranjuez/Escorial funcionaba como síntesis de la sensibilidad estética falangista a través de la cual se expresaban los valores de regeneración nacional en contraste con la ampulosidad y el exceso que conducían a la decadencia, en sentido estricto, el histórico sitio de Aranjuez contaba con una historia más compleja que la que cierta parte del discurso falangista reconocía. Era cierto que el enclave era propicio para lecturas románticas que desvirilizaban a la nación. Así se demostraba, por ejemplo, en el hecho de que el poeta romántico Friedrich Schiller la hubiese inmortalizado en su exitosa obra *Don Carlos*, transmitiendo una imagen del Real Sitio no exenta de contribuir a la mirada orientalizante que viajeros posteriores, entre los que se incluiría John Borrow, construirían sobre la nación y en la que esta quedaba deformada a base de un exceso y un colorido que tan poco encajaban con la España viril de Falange (Merlos Romero 2015).¹² También lo era que algunos de sus más conocidos jardines, como los del Parterre, habían sido proyectados bajo el reinado de Felipe V, el rey afrancesado por excelencia, que coincidía con esa decadencia que había señalado Quintano, dando lugar a los “jardinillos recortados y espumas frívolas de fuentes paganas” de aire versallesco y como de *minuet*, propios de una España que “miraba embelesada su escote redondo en los espejos de sus estanques de Triánón”.¹³ Una España

¹² Para la crítica falangista al discurso orientalizante, véase Box 2015.

¹³ “A orillas del Padre Duero”, *Imperio*, 26 de junio de 1938, p. 3.

-ahí el gusto y la sensibilidad finiseculares se diferenciaban- que no había incomodado, más bien al contrario, al gusto modernista, tal y como podía comprobarse en la ya mencionada paleta de Rusiñol o en la pluma de destacados escritores que, como la de Juan Ramón Jiménez, se habían detenido, también, en Aranjuez (Jiménez 2008).

Había, como se ve, motivos para distanciar al sobrio e inclemente gusto viril de posguerra del ajardinado enclave a orillas del Tajo, pero también había, de ahí la complejidad antes señalada, otros acontecimientos vinculados al conjunto palaciego que lo acercaban al discurso regeneracionista falangista y a su filiación con sus reconocidos precursores. Así ocurría con el propio origen del Sitio, surgido -a pesar de las posteriores transformaciones y sus destacadas creaciones borbónicas- gracias a la iniciativa del rey áureo del imperio español, Felipe II, y a su encargo del diseño del jardín al arquitecto Juan Bautista de Toledo, sucedido tras su muerte por Juan de Herrera, artífice de El Escorial e inspiración estética para la arquitectura nacional de posguerra (Luengo Añón 2011). Y así ocurría con el reconocimiento que padres y abuelos intelectuales de los fascistas españoles -los noventayochistas y el mismo Ortega- habían mostrado a Aranjuez.

En efecto, el vínculo entre el Real Sitio y el discurso de la necesaria regeneración de España de anteguerra tenía una fecha concreta: 1913, el año en el que el poeta y escritor Juan Ramón Jiménez y el reconocido filósofo que era José Ortega y Gasset habían impulsado en los venerables jardines un homenaje al escritor finisecular José Martínez Ruiz, más conocido como Azorín. El motivo había sido el rechazo de la Real Academia Española a aceptar al escritor alicantino (Azorín) como miembro, un desplante que había motivado que un conjunto de destacados y variados escritores, artistas y pensadores -entre los que se incluían nombres tan diversos como los de Ramón Gómez de la Serna, Eugenio D'Ors, Pío Baroja o Antonio Machado, entre otros- se sumasen al homenaje organizado en Aranjuez, un acto que ha sido interpretado como la confirmación de los intelectuales como grupo de intervención en la vida nacional y del relevo dado por la generación del 98 a la generación del 14, liderada por Ortega (Juliá 2004: 163-164; Martín 2005: 87).¹⁴

La iniciativa de que la fiesta se celebrase en Aranjuez fue, no por casualidad, del modernista Juan Ramón Jiménez; en opinión de Francisco José Martín, Ortega hubiera preferido -tampoco por casualidad- El Escorial (Martín 2005). Sin embargo, la lectura que sobre los jardines palaciegos se realizaba en la conmemoración de 1913 de la mano de Azorín era sustancialmente distinta de la afrancesada, versallesca y, por ende, potencialmente afeminada que se desprendía del texto de

¹⁴ La crónica original de la fiesta está en *Fiesta de Aranjuez en honor de Azorín*, Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1915.

Quintano Ripollés, siendo una lectura, de hecho, que contenía un discurso profundamente regeneracionista plenamente compatible con el discurso viril de posguerra.

Así lo confirmaba la elección del enclave para el pronunciamiento de los discursos, tanto los que homenajeban al curtido escritor del 98 como el que él mismo expresaba al final de la velada: el jardín de la Isla y la fuente del niño de la Espina, el jardín más clásico de todo el conjunto de Aranjuez y el mejor ejemplo de jardín renacentista, conformado a base de geometría, proporción y armonía diseñado por Herrera en tiempos de Felipe II (Luengo y Millares 1998). Y así lo confirmaba, especialmente, el discurso de Azorín, en el que exhortaba a salir de Madrid y ver “el espectáculo que nuestro país ofrece”. “Dejad atrás vuestros libros, los teatros, la charla amena en la tertulia, el paseo al anochecer por la calle reverberante de luz y bulliciosa. Olvidaos de las eternas y alucinadoras discusiones del Salón de Conferencias”, pedía el escritor, para ver “el panorama de la campiña española”, el campo desolado y casi yermo, con sus labriegos de cuerpos encorvados y cara flácidas y amarillentas, tuberculosos muertos de hambre, sin lumbre y sin pan. Ante este panorama, proseguía Azorín, el sentimiento que se apoderaba del espíritu era el de indignación y desesperanza, pero también el de la conciencia de la necesaria regeneración. “Es abatimiento y es impetuoso deseo de aniquilamiento y renovación”. Ya lo había observado el viajero veneciano Casanova de Singalt en pleno siglo XVIII tras pasar por el país: “si España recobra alguna vez su puesto en la gran familia europea, mucho tememos por ella que no sea sino a costa de una terrible conmoción”. “Solo el rayo puede despertar esos espíritus de bronce”, había escrito el italiano. Y añadía Azorín tras parafrasearle: “tal es nuestro marasmo, tal es nuestra secular inmovible inercia, que esas palabras son hoy, al cabo de más de un siglo, una abrumadora verdad”.¹⁵

Aranjuez admitía, como se ve, diferentes lecturas y una cierta polisemia. Y, si bien era cierto que construcciones como El Escorial encajaban sin fisuras con el discurso falangista de la virilidad nacional, también lo es que no era fácil desdeñar -a pesar de su potencial ambigüedad- enclaves históricos como el Real Sitio que nos ocupa. Porque por muy versallescas y distantes de la sobriedad viril que pudieran resultar ciertas partes de los jardines, un régimen profundamente historicista como el franquista y un discurso que, como el de los falangistas radicales de la inmediata posguerra, se reivindicaba continuador de una cadena de destacados y acertados críticos que, en tan patriótica tarea, les habían precedido, no podía simplemente prescindir de un sitio histórico como Aranjuez (Alares 2017). Para ello, se hacía necesario resignificarlo e insistir en su compatibilidad con el gusto

¹⁵ Aparte de en el ya mencionado *Fiesta de Aranjuez en honor de Azorín*, el discurso puede verse en la sección de textos clásicos del dossier dedicado a la Sociología de la producción intelectual en España y Francia (1940-1990) de la revista *Sociología Histórica*, 2 (2013): 449-452.

viril de la victoria, destinado, según se apuntó antes, a que el *contenido* de la nación -su intrínseca virilidad- encajase con su *forma*.

A ello se dedicaba Javier de Winthuysen, renombrado paisajista, en sus reflexiones sobre los jardines españoles. Siguiendo el argumento de que estos tomaban aspectos especiales según el lugar geográfico en el que estuvieran emplazados, Winthuysen había publicado en 1930 sus *Jardines clásicos de España*, dedicando un volumen a los jardines de Castilla, dentro del cual figuraban tanto Aranjuez como El Escorial. Para el paisajista era importante diferenciar la jardinería que había impulsado la dinastía admirada por la futura dictadura, la de los Habsburgo, una jardinería renacentista iniciada con Felipe II y continuada por sus sucesores bajo la inspiración italiana y escurialense, de la estimulada por los Borbones, reyes afrancesados que habían importado el estilo del país vecino, especialmente visible en el Real Sitio de La Granja, ubicado en la provincia de Segovia. Winthuysen reconocía que estos tenían “perspectivas de indudables bellezas”. Sin embargo, explicitaba, “el ampuloso estilo de estos jardines no concuerda con el carácter español”, sino que eran los clásicos italianos y los posteriores neoclásicos los que, por su “ordenación perfecta, la sencillez y la intimidad tan de acuerdo con el espíritu de España” lo hacían. Y es que “las grandes ordenaciones y los alardes de riqueza no son propias del espíritu español”, remataba en su capítulo dedicado a Aranjuez (Winthuysen 1930: 24, 93, 58).

Insistía en los argumentos mencionados en sus intervenciones durante la inmediata posguerra. Así, desde la revista barcelonesa *Destino*, reiteraba que a lo español lo caracterizaba “el gusto sobrio”, siendo por ello que la jardinería que mejor representaba el carácter patrio era la italiana, una influencia que “en nuestros jardines se acomoda a nuestra austeridad, enemiga de la ostentación”. Entre estos vergeles de indudable gusto italiano estaba, como se ha apuntado y para que no cupiese duda con respecto a su falso afrancesamiento, Aranjuez (Winthuysen 1941).

El esfuerzo por armonizar contenido y forma permeó mucho más que la sensibilidad estética aquí apuntada. Aceptando el argumento de la apelación a la intrínseca virilidad nacional y desde la asunción de la definición aquí propuesta, es posible interpretar a través de esta perspectiva un variado conjunto de realidades que caracterizaron al primer franquismo, desde las políticas artísticas, pasando por las urbanísticas o arquitectónicas para llegar hasta la corporalidad o la gestualidad (Rosón 2013). Si bien resulta imposible abordarlas en su totalidad, el objetivo de estas páginas ha sido subrayar que el discurso de la virilidad con el que el falangismo de posguerra estructuró su retórica para la regeneración de la nación no se limitó a ser mera narrativa sobre los atributos nacionales, sino que también se acompañó de una sensibilidad estética que implicó la

búsqueda del encaje entre un *contenido* -el discurso de la España viril- y una *forma* -la de una nación que, en su expresión, debía responder a las características viriles-.

Conclusiones

Efectivamente, el punto de partida de este artículo ha sido considerar al discurso falangista de posguerra sobre la nación como un discurso regeneracionista. En este sentido, de forma similar a como pasó en múltiples países en el periodo que abarca el último tercio del siglo XIX y las dos primeras décadas del siglo XX, se trató de una retórica generizada en la que la decadencia se explicó a partir de atributos de afeminamiento y pérdida de virilidad paralela a una concepción de la regeneración vinculada a la recuperación de los anhelados valores viriles.

Para ello, los falangistas radicales de los primeros años 40 se declararon continuadores de un conjunto de pensadores, escritores e intelectuales que, desde el ya mencionado periodo comprendido entre las tres últimas décadas del Ochocientos y la Gran Guerra, habían sabido mirar críticamente a la nación, buscando sin complacencias su transformación y salida del marasmo. En este sentido, la hipótesis que se ha sostenido aquí es que, en esta mirada a sus predecesores, los falangistas eligieron su declarada filiación -principalmente, con la generación del 98- por la posibilidad de interpretar en clave de virilidad algunos de sus principales legados. Para ello, no solo se buscó la construcción discursiva de la España viril, sino que en la mirada al fin de siglo que realizó la generación de fascistas vencedores en la guerra hubo, también, una sensibilidad estética que hizo que, sin excluir necesarias resignificaciones, se vinculasen con aquellas expresiones estéticas que podían encajar con las características de una España que se regeneraba a través de su virilidad.

Referencias bibliográficas

Alares, Gustavo. *Políticas del pasado en la España franquista (1939-1964). Historia, nacionalismo y dictadura*. Madrid: Marcial Pons, 2017.

Andreu, Xavier. "El género de las naciones. Un balance y cuatro propuestas". *Ayer*, 106 (2017), n. 2: 21-46.

Aresti, Nerea. "A la nación por la masculinidad. Una mirada de género a la crisis del 98". En *Feminidades y masculinidades. Arquetipos y prácticas de género*, ed. Mary Nash, 47-74. Madrid: Alianza Editorial, 2014.

Aresti, Nerea. "El 'gentleman' y el bárbaro. Masculinidad y civilización en el nacionalismo vasco (1893-1937)". *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 39 (2017): 83-103.

Ben-Ghiat, Ruth. *Fascist Modernities. Italy, 1922-1945*. Berkeley: University of California Press, 2001.

Box, Zira. "Anverso y reverso de la nación: el discurso de la antiespañolada durante los primeros años 40". *Hispania*, 75, n. 249 (2015): 237-266.

- Box, Zira. “Los atributos de la nación. Género y clase en la España franquista”. En *Alianzas y propaganda durante el primer franquismo*, ed. Encarna Lemus y Manuel Peñas, 125-146. Barcelona: Ariel, 2019.
- Box, Zira. “Renegotiating the Boundaries of the Virile Nation: the *España negra* of José Gutiérrez Solana in the art exhibitions of postwar Spain (1940–45)”. *Journal of Iberian and Latin American Studies*, 26, n. 3 (2020): 253-270.
- Conde de Rivera, Luis. “Tarea”. *Levante*, 21 de julio (1939): p. 7.
- De Areilza, José María. “La trayectoria antiburguesa del fascismo”. *Arriba*, 25 de julio (1939).
- Esculapio, Martín. “Consecuencias”. *Azul*, 8 de junio (1939).
- Fernández Almagro, Melchor. “En el Fin de Siglo”. *Arriba*, 8 de noviembre (1945).
- Fernández Almagro, Melchor. *Vida y obra de Ángel Ganivet*. Madrid, Revista de Occidente: 1952.
- Fernández Almagro, Melchor. *Fiesta de Aranjuez en honor de Azorín*. Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 1915.
- Griffin, Roger. “Studying Fascism in a Post-fascist Age. From New Consensus to New Wave?”. *Fascism*, 1, n. 1 (2012): 1-17.
- Griffin, Roger. *Fascism. An introduction to comparative Fascist Studies*. Oxford: Polity Press, 2018.
- Griffin, Roger. *The Nature of Fascism*. Nueva York: Palgrave, 1991.
- Gullón, Ricardo. *Direcciones del Modernismo*. Madrid: Alianza, 1990.
- Gullón, Ricardo. *El modernismo visto por los modernistas*. Barcelona: Labor, 1980.
- Gullón, Ricardo. *La invención del 98 y otros ensayos*. Madrid: Editorial Gredos, 1969.
- Hercilla, José. “Lo que debe desaparecer”. *Arriba España* (Mahón), 3 de junio (1939).
- Jiménez, Juan Ramón. “Aranjuez”. En *Viajes y sueños*, Madrid: Visor, 2008.
- Juliá, Santos. *Historias de las dos Españas*. Madrid: Taurus, 2004.
- Lafuente Ferrari, Enrique. “La pintura española y la generación del 98”. *Arbor*, 36 (1948): 449-458.
- Lafuente Ferrari, Enrique. “La pintura española y la Generación del 98”. *Arbor*, 36 (1948): 449-458.
- Lain Entralgo, Pedro. “Costa y el regeneracionismo”. *Información comercial española*, 340 (1961): 173-180.
- Lain Entralgo, Pedro. “España y la técnica”. *Escorial*, 5 (1941): 323-330.
- Lain Entralgo, Pedro. “La generación del 98 y el problema de España”. *Arbor*, 36, vol. XI (1948): 417-438.
- Lain Entralgo, Pedro. *Menéndez Pelayo. Historia de sus problemas intelectuales*. Madrid: Ediciones del Instituto de Estudios Políticos, 1944.
- Lain Entralgo, Pedro. *Sobre la cultura española. Confesiones de este tiempo*. Madrid: Editora Nacional, 1943.
- Losada de la Torre, José. “La guardia permanente no permitirá que se frustre la coyuntura”. *ABC*, 24 de mayo (1939).
-

- Luengo Añón, Ana. “Los jardines de Aranjuez”. En *Instituto de Estudios Madrileños XLI Parques y Jardines*, Madrid: CSIC, 2011, 137-150.
- Luengo, Ana y Millares, Coro. “Estudio y análisis del Jardín de la Isla de Aranjuez”. En *Felipe II, el rey íntimo. Jardín y Naturaleza en el siglo XVI*, 243-267. Madrid: Sociedad Estatal para la conmemoración de los centenarios de Felipe II y Carlos V, 1998.
- Mainer, José Carlos. *Modernismo y 98*. Barcelona: Crítica, 1989.
- Martín de la Guardia, Ricardo. “José Antonio Primo de Rivera o el estilo como idea de existencia”. En *Fascismo en España*, eds. Ferran Gallego y Francisco Morente, 163-178. Madrid: El Viejo Topo, 2005.
- Martín, Francisco José. “Introducción”. En *Fiesta de Aranjuez en honor de Azorín*. Madrid: Biblioteca Nueva, 2005.
- Martykánová, Daryna. “Los pueblos viriles y el yugo del caballero español. La virilidad como problema nacional en el regeneracionismo español (1890s-1910s)”. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 39 (2017): 19-37.
- Merlos Romero, María Magdalena. “Schiller y Aranjuez: la abstracción del paisaje”. *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, LV (2015): 151-176.
- Moure-Mariño, Luis. “Sedentarismo y decadencia”. *Arriba*, 26 de junio (1939).
- Navarra Ordoño, Andreu. *El regeneracionismo. La continuidad reformista*. Madrid: Cátedra, 2015.
- Ortega y Gasset, José. *España invertebrada*, Obras Completas, vol. 3, Madrid: Fundación José Ortega y Gasset, 2005 [1922], 433-473.
- Ortega y Gasset, José. *Vieja y nueva política*. En *Obras Completas*, vol. 1, Madrid: Fundación José Ortega y Gasset, 2004 [1914], 710-736.
- Pick, Daniel. *Faces of Degeneration. A European Disorder (1848-1918)*. Cambridge: Cambridge University Press, 1996.
- Priorelli, Giorgia. *Italian Fascism and Spanish Falangism in Comparison. Constructing the Nation*. Cham: Palgrave Macmillan, 2020.
- Quintano Ripollés, Antonio. “Coordinaciones estético-políticas”, *Vértice*, 44 (1941).
- Ramón y Cajal, Santiago. *Recuerdos de mi vida*. 2 vol. Madrid: Universidad Autónoma de Madrid, 2017 [1923].
- Ribas, Pedro. “Regeneracionismo: una relectura”. En *El regeneracionismo en España. Política, educación, ciencia, sociedad*, eds. Vicente Salavert y Manuel Suárez Cortina, 47-58. València: Publicacions de la Universitat de València, 2007.
- Roberts, David D. “Palingenesis and Totalitarianism in Roger Griffin’s interpretation of Fascism”. En *Beyond the Fascist Century. Essays in Honour of Roger Griffin*, eds. Constantin Iordachi y Aristotle Kallis, 29-50. Cham: Palgrave Macmillan, 2020.
- Rodríguez García, José María. “18 de julio y las viejas escuadras”. *Solidaridad Nacional*, 18 de julio (1939).
- Rosón, María. “El álbum fotográfico del falangista. Género y memoria en la posguerra española”. *Revista de Dialectología y tradiciones populares*, 68, n. 1 (2013): 215-238.
- Sánchez Mazas, Rafael. “Herrera, viviente”. *Arriba*, 2 de julio (1939).
-

- Sánchez Mazas, Rafael. *Discurso del Sábado de Gloria. 8 de abril de 1939, Año de la Victoria*. Bilbao: Editora Nacional, 1939.
- Sanz Hernández, Álvaro. “La Victoria callada”. *Nueva España*, 18 de agosto (1939).
- Saz, Ismael. “Las raíces culturales del franquismo.” En *Historia de las culturas políticas. Del franquismo a la democracia, 1936-1975*, eds. Ismael Saz y Manuel Pérez Ledesma, 21-51. Madrid: Marcial Pons, 2015.
- Saz, Ismael. *España contra España. Los nacionalismos franquistas*. Madrid: Marcial Pons, 2003.
- Tosh, John. *Manliness and Masculinities in Nineteenth-Century Britain*. Londres: Routledge, 2004.
- Tovar, Antonio. *El Imperio de España*. Madrid: Afrodísio Aguado, 1941.
- Vega, Jesusa. “Franco, sus retratos y los años cuarenta: visitar el archivo visual”. *Hispanic Research Journal*, 19, n. 5 (2018): 513-536.
- Villalonga, Miguel. “Mallorca”. *Vértice* 66 (1943).
- Winthuysen, Xavier de. “Jardines clásicos de España”. *Destino*, 23 de agosto (1941).
- Winthuysen, Xavier de. *Jardines clásicos de España. Castilla*. Aranjuez: Ediciones Doce Calles, 1990 [1930].
- Zamora Bonilla, Javier. “El pensamiento político de José Ortega y Gasset”. En *Historia del pensamiento político español. Del Renacimiento a nuestros días*, ed. Pedro Carlos González Cuevas, 325-352. Madrid: UNED, 2016.

Recebido: 23 de mayo de 2022

Aprobado: 7 de junio de 2022